

El simio, el akka y el loco: lecturas del evolucionismo en *Dos partidos en lucha* de Eduardo L. Holmberg y *La ciudad y los locos* de Juan José de Soiza Reilly

Juan Iso Catalá¹

Resumen. El presente trabajo explora el impacto del evolucionismo en la Argentina de fin de siglo como eje articulador de la biopolítica estatal. Entendido como una auténtica “tecnología de la vida” que decide cuáles son las “vidas a rescatar”, el pensamiento biopolítico unido a las nuevas corrientes evolucionistas sirvió a los intelectuales del *establishment* para consolidar el discurso del *progreso* en la Argentina, racionalizando la Campaña del Desierto llevada a cabo por Roca que llevó al exterminio masivo de los pueblos originarios. Esta politización del discurso científico tiene su reflejo en las ficciones que surgen en torno al evolucionismo entendido como progreso: entre 1875 y 1914 dos obras, *Dos partidos en lucha* de Eduardo L. Holmberg y *La ciudad y los locos*, del periodista de *Caras y Caretas* Juan José de Soiza Reilly representan el arco entre el desarrollo, apogeo y caída del evolucionismo como política de Estado.

Palabras clave: evolucionismo; darwinismo; Argentina; Eduardo L. Holmberg; José de Soiza Reilly.

[en] The ape, the akka and the madman: readings of evolutionism in *Dos partidos en lucha* by Eduardo L. Holmberg and *La ciudad y los locos* by Juan José de Soiza Reilly

Abstract. This paper explores the impact of evolutionism in Argentina at the end of the century as the articulating axis of state biopolitics. Understood as an authentic “technology of life” that decides which are the “lives to be rescued”, the biopolitical thought together with the new evolutionist currents served the intellectuals of the establishment to consolidate the discourse of progress in Argentina, rationalizing the Desert Campaign carried out by Roca that led to the massive extermination of the original peoples. This politicization of scientific discourse is reflected in the fictions that arise around evolutionism understood as progress: between 1875 and 1914 two works, *Two Parties in Struggle* by Eduardo L. Holmberg and *The City and the Mad*, by Caras and Caretas journalist Juan José de Soiza Reilly represent the arc between the development, apogee and fall of evolutionism as State policy.

Keywords: Evolutionism; Darwinism; Argentina; Eduardo L. Holmberg; José de Soiza Reilly.

Sumario. 1. Darwinismo: política y progreso. 2. Del mono al loco.

¹ IES Chicago, Madrid. España.
E-mail: juaniso83@gmail.com

Cómo citar: Iso Catalá, J. (2018) El simio, el akka y el loco: lecturas del evolucionismo en *Dos partidos en lucha* de Eduardo L. Holmberg y *La ciudad y los locos* de Juan José de Soiza Reilly, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 47, 379-398.

En 1907 el semanario argentino *Caras y Caretas* se hace eco del inédito hallazgo del profesor Klaatsch de la Universidad de Heidelberg de una raza de hombres-mono, descubierta en una de sus expediciones por la costa norte de Australia.

El hombre - mono, descubierto



Con el cuerpo cubierto de pelo, a excepción de la cara y las palmas de ambas manos y pies, el profesor describe a esta raza que como rasgo distintivo posee dedos mucho más cortos que el “hombre civilizado”, unidos parcialmente entre sí por medio de membranas, y un pulgar no oponible todavía más corto que el resto, comprobando similitudes entre la mano del indígena, el gorila y el chimpancé. También acusa su aspecto simiesco, de frente estrecha, abultados arcos superciliares, prognatismo acentuado y narices chatas de ventanillas casi verticales.

Seis años antes, el mismo semanario ya había publicado una nota que, bajo el título “Una comprobación de la teoría de Darwin: Monos que parecen personas y personas que parecen hombres” trató de zanjar la discusión entre defensores y detractores del evolucionismo desde la publicación de *El origen de las especies* de Darwin. La noticia señalaba el caso de Julia Pastrana, una actriz mexicana cuyo único cometido es ser exhibida en los teatros debido a su apariencia simiesca.



JULIA PASTRANA. LA MEXICANA QUE TENÍA EL CUERPO Y LA CARA CUBIERTOS DE VELLO.

La nota también relataba el caso de Krao, un muchacho nacido en India, cuyo cuerpo estaba enteramente cubierto de tupido pelo que le daba el aspecto de un mono, viendo en esto una muestra del atavismo o “salto atrás” del hombre hacia su antepasado el mono.



KRAO, EL MUCHACHO DE BURMAH QUE SE
ASEMEJA AL MONO

En una tercera nota de noviembre de 1903 la redacción de *Caras y Caretas* bajo el título “Un chimpancé Gentleman” presenta a Cónsul, un chimpancé norteamericano que viste uniforme de oficial de la marina, viaja en coche de primera clase y reside en un lujoso departamento compuesto de gimnasio, comedor, dormitorio, salón de recepción y “boudoir”.



FAR NIENTE

El evolucionismo darwiniano que durante el último cuarto de siglo había servido a los *gentlemen* del ochenta de máquina generadora de narrativas asociadas a la idea del progreso como medio de insertar a la Argentina en la esfera de naciones modernas se había popularizado a través de la difusión de este tipo de anécdotas de monos en revistas populares consumidas por una incipiente cultura de masas. Entre los últimos años del siglo XIX y la Celebración del Centenario multitud de escritores e intelectuales sucumben a la fiebre del evolucionismo presentando en sus ficciones hombres que parecen monos, monos que parecen hombres que evolucionan o degeneran hacia la locura al compás del evolucionismo, el atavismo o la herencia, a menudo con la intervención de la figura

del científico o del alienista. Horacio Quiroga publica en *Caras y Caretas* “Historia de Estilicón” en 1904, “El mono ahorcado” en 1907 y la novelita *El mono que asesinó* en 1909, mientras que Leopoldo Lugones publica “Yzur” y “Un fenómeno inexplicable” en 1906 en su colección de cuentos titulada *Las fuerzas extrañas*.

Ante el impacto evidente del evolucionismo y sus variantes en la cultura de masas cabe preguntarse por el rol que éste desempeñó como modelador de las políticas de Estado en torno al ciudadano y sus usos para delimitarlo, contenerlo o eliminarlo de la vida social.

El presente trabajo explora el impacto del evolucionismo en la Argentina de fin de siglo como eje articulador de la biopolítica² estatal. Entendido como una auténtica “tecnología de la vida” que decide cuáles son las “vidas a rescatar”, el pensamiento biopolítico unido a las nuevas corrientes evolucionistas sirvió a los intelectuales del *establishment* para consolidar el discurso del *progreso* en la Argentina, racionalizando la Campaña del Desierto³ llevada a cabo por Roca que llevó al exterminio masivo de los pueblos originarios. El desarrollo del evolucionismo terminó creando una red textual en torno a los conceptos modernos de herencia, atavismo, progreso y degeneración en la conformación de un discurso de lo nacional. Esta politización del discurso científico tiene su reflejo en las ficciones que surgen en torno al evolucionismo entendido como progreso: entre 1875 y 1914 dos obras, *Dos partidos en lucha* de Eduardo L. Holmberg y *La ciudad y los locos*, del periodista de *Caras y Caretas* Juan José de Soiza Reilly representan el arco entre el desarrollo, apogeo y caída del evolucionismo como política de Estado.

La obra de Holmberg supone el paradigma de la narrativa científica como tecnología política. El papel central que adquiere el discurso científico en la política argentina durante la segunda mitad del siglo XIX hace pensar en la ciencia como una utopía factible, como un avance hacia el perfeccionamiento de la sociedad bajo el que está la sombra del proyecto liberal del ochenta: la creación de exposiciones, instituciones científicas y museos inaugurados en este período va a dar cuenta del esfuerzo de los gobiernos de Sarmiento, Avellaneda y Roca por construir nuevos espacios que popularicen el discurso científico de mano de políticas estatales. Tras la crisis de 1890, esta confianza en la ciencia como motor del progreso comienza a tambalearse como consecuencia de las reinterpretaciones del darwinismo social aplicados a la ideología del progreso, y para la Celebración del Centenario en 1910, las ficciones científicas sufren un cambio de paradigma que coincide con el *impulso distópico*⁴ en la narrativa argentina. En estos textos se presenta al científico y la labor que ejerce como un modelo distorsionado de las

² En uno de sus cursos dictados en La Sorbona Foucault reflexiona sobre la consideración de la vida por parte del poder. Señala el siglo XVIII con el surgimiento de nuevas *tecnologías* como el momento en que se invierte el clásico derecho de soberanía del “hacer morir-dejar vivir” por el moderno “hacer vivir-dejar morir” propio de la biopolítica.

³ También llamada Conquista del Desierto, fue una campaña militar llevada a cabo por Julio Argentino Roca entre 1878 y 1885 que tuvo como objetivo la incorporación de nuevos territorios a la República Argentina y que supuso la práctica eliminación de los pueblos originarios o su sometimiento en reservas.

⁴ El término *distopía*, acuñado por primera vez por John Stuart Mill en 1868 se refiere a “algo demasiado malo para ser puesto en práctica.” El crítico Sadok Bouhlila señala la distopía como “Una construcción de una comunidad humana, especialmente familiar y temporalmente remota, donde las instituciones socio-políticas están pervertidas a través de la depreciación de la forma literaria utópica”.

narrativas de ciencia y progreso del último tercio del XIX. El científico degenera en la figura del científico-loco o científico-monstruo, y el modelo de nuevo hombre se transforma mediante sus experimentos en el monstruo o el loco habitante de espacios distópicos. La popularización de los discursos sobre la locura y el alienismo favorecerá la proliferación de instituciones mentales u hospicios donde encerrar a aquellos sujetos *degenerados* que no se adecuan al discurso nacional. Como contracara de las ficciones científicas de Holmberg aparece un nuevo tipo de saberes ajenos al Estado, como el relato policial o la sátira utópica, narrados por el escritor-periodista de la incipiente industria cultural, ejemplificado en la obra del periodista Juan José de Soiza Reilly *La ciudad y los locos*. Esta ficción se proyecta como una distopía urbana que se lee como contracara del proyecto liberal y que interroga cuestiones relativas a los debates científicos de fin de siglo en torno al evolucionismo y su papel en la conformación del ser nacional. No en vano, a partir de esta brecha, los relatos científicos asociados al progreso desaparecerán paulatinamente hasta ser sustituidos por la ficción distópica característica del siglo XX.

1. Darwinismo: política y progreso

El 30 de mayo de 1882 el Círculo Médico Argentino organiza un homenaje a Charles Darwin con motivo de honrar la memoria del científico más influyente en el desarrollo de la ciencia en la Argentina en el siglo XIX. La flor y nata de la ciencia y la política argentina concurre al evento para rendir tributo al sabio inglés. Científicos de todo signo como Germán Burmeister, Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno o Eduardo L. Homberg, confluyen en el Teatro Nacional de Buenos Aires dando un respiro a la batalla ideológica entre darwinistas y antidarwinistas que tiene lugar desde la introducción en la Argentina de *El origen de las especies*, a través de la obra de Eduardo L. Holmberg, *Dos partidos en lucha*, en 1874.

Además de contar como conferenciante con Eduardo L. Holmberg, principal exponente del darwinismo argentino, el Círculo Médico invita al ex presidente Sarmiento para dar un discurso sobre la figura de Darwin en la Argentina. Dos semanas antes, Sarmiento escribe a su amigo José Posse una carta en la que le anuncia que le enviará su discurso sobre Darwin y un paquete de libros de Darwin para la venta en las provincias del norte, con el fin de contrarrestar la oposición de su antiguo aliado Nicolás Avellaneda en su cruzada antidarwinista por ganarse los favores de la Iglesia⁵.

En el homenaje del Círculo Médico a la figura de Charles Darwin, Sarmiento comienza su discurso recordando al auditorio los estrechos vínculos que Darwin

⁵ Te mando un paquete *Darwin para venta*, en Tucumán, Salta y Jujuy. El precio será de seis reales, por cada diez ejemplares pagándose el letrado, con más de que no dará cuenta. Este es el mejor arreglo o un 25 por ciento. Necesito la plata; para volverla a emplear, en otro panfleto. Si no me arruino, contra los millones que tienen los otros. Conviene formar una administración con librerías. Por cada diez ejemplares que vendan tendrán teres de que no darán cuenta. Más tarde se adiestran muchachos para vender por las calles. Organiza en las tres provincias y aun en Santiago. Pide por telégrafo. Le doy con el cucharón en los dedos, a Avellaneda, que ha escrito maliciosamente, para congraciarse con los beatos.

mantuvo con la Argentina desde el comienzo de su carrera científica: “Con este recuerdo, con saber que los comienzos de su ilustre carrera fueron estas Pampas Argentinas y aquel Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego por él explorados, puedo estar seguro de la indulgencia de los que me hacen el honor de escucharme”. Más adelante continúa “¿por qué no habremos de asociarnos a los que en el resto del mundo tributan homenaje a la memoria de Darwin, si todavía están frescos los rastros que marcan su paso por nuestro territorio, y es uno de nuestros propios sabios?” (Sarmiento: 106). Sarmiento reconoce que le es familiar el nombre de Darwin desde hace cuarenta años cuando éste visitó el Estrecho de Magallanes a bordo del *Beagle*, comandado por Fitz-Roy. El ex presidente se anota como propios los hallazgos de Darwin por situarlos en suelo argentino, pues “le hemos dado ciencia y fama a Darwin, con los fósiles y las crías argentinas; y siguiendo sus indicaciones, se enriquecen nuestros estancieros”. Y añade: “Los inteligentes criadores de ovejas son unos Darwinistas consumados, y sin rivales en el arte de *variar las especies*. De ellos tomó Darwin sus primeras nociones, aquí mismo, en nuestros campos, nociones que perfeccionó dándose a la cría de palomas, que es en Europa el arte de hacer variedades a merced de la fantasía del criador. [...] Me parece que hay motivo suficiente para que seamos los argentinos partidarios de la doctrina del transformismo, pues que nosotros transformamos una variedad de ovejas en otra. Hemos constituido una nueva especie: *La oveja* argentífera, porque da plata y porque es argentina además” (Sarmiento: 110).

Unos años antes, en 1874, Eduardo Ladislao Holmberg, uno de los intelectuales adscrito al proyecto ochentista, revoluciona el panorama científico y político argentino con la publicación de su obra de ficción *Dos partidos en lucha* en las páginas de la revista literaria *El álbum del hogar*. Subtitulada, “fantasía científica”, esta obra introduce por primera vez en Argentina las teorías darwinistas en torno a la evolución de las especies en la batalla ideológica que se da en sus páginas entre defensores y detractores del darwinismo. La importancia de la obra de Holmberg radica en ser el primer texto –de ficción y no ficción– en introducir el darwinismo en la Argentina: *El origen de las especies*, publicado en 1859, todavía no había llegado a Argentina –según Marcelo Montserrat la recepción de la teoría evolucionista de Darwin en la Argentina fue mínima hasta la aparición de *Dos partidos en lucha*, con la excepción de un joven Enrique Guillermo Hudson que leyó el texto original en una edición en inglés en el mismo año de su aparición–.

John Bury asegura que “la importancia de *El origen de las especies* radica en que condujo al tercer estadio en los avatares de la idea del Progreso: en un primer estadio, la astronomía heliocéntrica, al destronar al hombre de su posición privilegiada en el universo espacial y dejarle abandonado a sus propios esfuerzos había ayudado a que esta idea compitiera con la de una Providencia operante. El hombre sufre ahora una nueva degradación dentro del marco de su propio planeta. La evolución, al despojarle de su gloria como ser racional especialmente creado para ser el señor de la tierra, le da un flojo árbol genealógico. Esta segunda degradación fue el factor decisivo para el afianzamiento de la idea del Progreso” (Bury 300). En Argentina, las políticas desarrollistas implementadas por Sarmiento y Avellaneda se aliaron con la irrupción del darwinismo en la arena científica para mostrar una idea de modernidad –mediante la acción del Estado– que demostrara el progreso indefinido del hombre, o en el caso del ochenta, el progreso indefinido de

la nación a partir de la intersección entre política y ciencia. Sin embargo, no toda la élite intelectual abrazaría las teorías evolucionistas que traía Darwin de Europa: meses después de la publicación de *Dos partidos en lucha*, Miguel Cané escribía que si bien “el plan general es, como dicen los franceses, completamente *manqué*”, afirma que “sacrificaríamos nuestra dignidad de hombres aceptando la disgustante teoría de Darwin sobre la transformación de las especies, con tal que el fenómeno de la resurrección de la sensitiva fuera exacto” (Cané: 111). Las políticas desarrollistas en torno a la ciencia desarrolladas por las administraciones de Sarmiento y Avellaneda se aliaron con la irrupción del darwinismo en la arena científica para mostrar el progreso indefinido de la nación a partir de la intersección entre política y ciencia.

La obra de Eduardo L. Holmberg *Dos partidos en lucha*, subtitulada como “fantasía científica”, presenta los manuscritos de un tal Kaillitz, deformación del Kannitz original de la familia Holmberg, sobre la batalla ideológica que se dio en Argentina en 1874 entre rabianistas y darwinistas, es decir, entre partidarios del creacionismo y el inmovilismo de las especies, y los evolucionistas, partidarios de la teoría de la evolución expuesta en el novedoso *El origen de las especies*. Estos manuscritos le habrían sido entregados al autor por Kaillitz justo antes de partir a Europa. Además de utilizar el recurso literario del manuscrito encontrado –o en este caso, manuscrito entregado–, el propio Holmberg realizó en 1872 un viaje a la Patagonia con el objetivo de explorar, coleccionar y catalogar especies. Este recurso accionaría lo que Sandra Gasparini en el posfacio a su edición de *El tipo más original* denomina el “dispositivo Kaillitz”: “Se trata de un juego de máscaras que tiene su arista más obvia en las variaciones de uno de los apellidos paternos del escritor [...] El “dispositivo Kaillitz” profundiza la relación de Holmberg, autor real, con la ficción: señala su carácter de divertimento, de construcción artificial (Gasparini, *El tipo más original* –posfacio–: 213).⁶

La novela arranca con una especie de homenaje a la expedición de Darwin a las costas patagónicas en 1835 a bordo del *Beagle*. Un tal Kaillitz –deformación del Kannitz original de la familia Holmberg y trasunto del propio autor– es invitado por el capitán del Vapor Nacional Patagones a dar un paseo por el mar y recordar la expedición que realizó Darwin por la Patagonia. En el vapor, el capitán explica a los pasajeros la teoría de la evolución. Kaillitz recopila los apuntes que tomó del capitán y de esta manera penetra el evolucionismo en la Argentina. En 1874 el narrador presenta un Buenos Aires convulsionado por las luchas entre los defensores del rabianismo (doctrina contraria a Darwin, partidaria del creacionismo e inmovilismo de las especies) y el darwinismo. Con este motivo se decide organizar un Congreso científico con el fin de debatir ambas corrientes y demostrar la validez de una u otra. Del lado de los rabianistas se sitúan Francisco Paleolítez, antropólogo, paleontólogo y discípulo de Germán Burmeister, principal exponente del creacionismo, y Juan Estaca, quien “no sabe una palabra de botánica, aunque se las hace pasar de botánico” (20). Del lado de los darwinistas, Pascasio Griffritz⁷,

⁶ El “dispositivo Kaillitz” también se presenta en *El tipo más original*, donde tras viajar a Curlandia para conocer al profesor Burbullus, regresa a la Academia Argentina para presentar a sus miembros el “caso” del profesor Burbullus. También aparece en los textos “Filigranas de cera” y “La ciudad imaginaria”.

⁷ En la edición príncipe publicada en Buenos Aires en la Imprenta “el Argentino” en 1875 se alterna “Griffritz” con “Griffritz”, mientras que Marcelo Montserrat recoge “Griffitz”. Lo mismo sucede con “Kaillitz” recogido

desdoblamiento ficticio del Perito Moreno (Francisco Pascasio Moreno). La primera sesión del Congreso Científico es celebrada en el Antiguo Teatro Colón, situado en Plaza de Mayo. Tras las intervenciones de ambos bandos, rabianistas y evolucionistas se interrumpe la acción trasladando al lector a los Jardines Zoológicos de Londres, donde Charles Darwin y Richard Owen examinan con avidez el cuerpo de un “mono” al que van a diseccionar, último regalo del doctor Livingstone. Una vez abierto el cuerpo se dan cuenta de que está vivo, pues todavía después de tres días muerto sigue saliendo sangre por sus venas y el corazón late de una manera anormal. El cónsul de Inglaterra irrumpe en escena invitando a Darwin a la segunda sesión del Congreso Científico de Buenos Aires. Tras su llegada, Darwin es recibido por el presidente Sarmiento, el vicepresidente Alsina, el expresidente Mitre –a quien el propio Darwin dirá “os admiro pero no os comprendo” – y el nuevo presidente electo Avellaneda. En el Congreso Científico tres figuras de monos luchando por una zanahoria gigante cubren el telón bajo el lema “struggle for life”. Tras hacer sonar el himno nacional argentino, el *God Save the Queen* en honor a Darwin, y el *Die Wacht am Rhein* en consideración al detractor del darwinismo, el alemán Germán Burmeister comienza la sesión. Darwin relata su hallazgo en los Jardines Zoológicos de Londres tras la operación al mono, llegando a la conclusión, tras examinar los latidos de su corazón, de que se trata de un Akka, un pigmeo del África central que constituiría una especie intermedia entre el hombre y el mono. Interrumpiendo la escena, un expedicionario de Griffritz trae de su museo tres akkas vivos. Griffritz propone abrir uno de ellos para comprobar mediante el movimiento de sístole-diástole en su corazón si en realidad se trata de una especie intermedia que probará la teoría de la evolución. Tras seccionar el quinto espacio intercostal, los darwinistas lanzan un grito de júbilo al demostrar la veracidad de su teoría finalizando así la novela. El narrador concluye con lo que hasta aquí son los manuscritos legados por Kaillitz, asegurando que el autor también acepta el espiritismo como doctrina. Como apéndice se añade un artículo traducido del sabio francés Paul Broca sobre la raza pigmea de los Akkas en el África central.

La escena de la operación al Akka en el Teatro Colón propone un paralelismo entre la labor de Darwin y Owen en los Jardines Zoológicas de Londres y la operación replicada por Griffritz. Darwin explica en el teatro cómo se dio cuenta de que el Akka constituiría una especie intermedia entre el mono y el hombre dando como cierta su teoría de la evolución: “Figuráos un corazón latiendo con sístole regular y diástole natural, es decir, el sístole hacia la derecha y el diástole hacia la izquierda. Esto nada tiene de particular, porque no de otro modo se verifica en el hombre y animales superiores. Pero suponed que el sístole sea hacia la izquierda y el diástole hacia la derecha. Pesad bien la importancia de este fenómeno y decidme si no era como para petrificarse de admiración” (129). Juan Estaca propone matar al Akka, pues “cuando se trata de ciencia, no importa un ápica la vida de un mono, ni siquiera la de un hombre”. Griffritz propone al contrario hacer “sólo una incisión que abarcara el pericardio y los músculos intercostales sin comprometer la arteria intercostal del quinto o sexto espacio izquierdo de igual nombre que el de la artera,

en la edición príncipe y el “Kaillitz” que menciona Montserrat, aunque en las notas de su capítulo “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”, alude a la misma edición príncipe que analizo.

para ver por medio de un espejo especial el fenómeno de la palpitación. En ambos casos, el cuerpo “otro” con el que la ciencia trabaja en pos del *progreso* es degradado, de-ontologizado en su humanidad para dar lugar al cuerpo como *artefacto* que interroga desde la biopolítica qué es lo humano: qué vidas deben protegerse y cuáles abandonarse. Esta determinación entre humano/no humano, “vida a proteger”/ “vida a abandonar” remite a las distinciones humano/animal con las que la biopolítica ha organizado nuestra cultura. Gabriel Giorgi en su obra *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica* analiza las diferentes posiciones que ocupa el animal, lo animal y la animalidad como signo político. Ese campo de decisiones éticas y políticas que definen qué es lo humano –señala– “definen un nudo de politización de la cultura, porque hacen del espacio de la investigación estética y cultural un terreno de contestaciones sobre las condiciones históricas, materiales, pero también conceptuales, filosóficas, desde las que se configuran los “marcos de inteligibilidad” que hacen reconocible una vida como humana, como “persona” y como vida “vivable”, en contraposición a los cuerpos irreconocibles social y políticamente, en el arco que ve del animal a la no-persona, marcos en relación a los cuales se trazan distinciones entre cuerpos y clasificaciones y jerarquías entre las formas de vida” (Giorgi: 16). Los materiales estéticos con los que Holmberg trabaja en su obra distintas negociaciones sobre “lo humano” responden a los propios debates sobre qué es lo humano en el siglo de la ciencia y el progreso. El Akka aparece como signo que interroga lo biopolítico: el Akka devenido *artefacto* reordena las clasificaciones de la biopolítica si se puede demostrar a partir de la ciencia empírica si es humano”. Estos son los años previos a la Conquista del Desierto, campaña que el general y futuro presidente Roca encabezó contra los indios por el dominio y posesión de las Pampas y la Patagonia. Durante la campaña fue práctica común que los indios capturados fueran mostrados como trofeos de guerra y confinados en espacios cerrados como muestra de la victoria militar, el triunfo de la civilización contra la barbarie y sobre todo por su interés científico y antropológico. En 1885, durante la Conquista del Desierto, el cacique Inakayal cayó prisionero en Junín donde fue capturado y trasladado al recién inaugurado Museo de la Plata, y reducido junto con otros indios presos a formar parte de la colección del director del museo, Francisco Pascasio Moreno (o el Perito Moreno), al igual que Pascasio Griffritz trasunto del explorador, trae los tres akkas vivos de su museo para realizar la operación en la novela de Holmberg. El fenómeno del zoológico humano fue una práctica extendida por numerosos países que tenían o eran producto de la colonia, capturando a nativos que fueron exhibidos en exposiciones, ferias mundiales, teatros de variedades o museos (Baéz y Mason: 23). La deshumanización del Akka se asemeja a las prácticas de las exposiciones antropológicas de los años de la Conquista del Desierto: en ambos casos la biopolítica está operando a partir del discurso científico para dilucidar qué cuerpos son rescatables para la vida, cuáles para formar parte del entramado nacional, o cuáles pueden ser consumidos como parte de una red de conocimientos que la ideología del progreso ha democratizado a través de la creación de museos y exposiciones o de la popularización del discurso científico en revistas de consumo masivo como *El álbum del hogar*.

Volviendo a la operación del Akka, la incisión sobre el cuerpo del Akka devenido artefacto actúa como manifestación de verdad a través de la mirada

clínica de Griffritz como base del conocimiento científico. Foucault en su obra *El nacimiento de la clínica* establece la mirada médica como sujeto de verdad a partir de la formación del método clínico. A través del cuerpo del Akka, Darwin y Griffritz *leen* y articulan la “enfermedad”, tomando el cuerpo del Akka como un *caso* que probaría su hipótesis. La mirada de Darwin y Griffritz describe y denuncia; tiene la propiedad de *entender* un lenguaje en el momento en que *percibe un espectáculo* y establece un vínculo entre visión, conocimiento y dominio. En las dos escenas que relatan sendas disecciones, en Londres y Buenos Aires, aparecen notas a pie de página y epígrafes con información para un lector no especializado sobre la especie pigmea de los akkas. En el capítulo IX, el autor incluye una nota sobre los Akkas, aclarando que “son una raza de hombres descubiertos no ha mucho tiempo en África. Sus caracteres particulares los acercan de tal manera a los monos antropomorfos que no titubeamos en considerarlos como uno de los eslabones que deben unir el hombre con el mono” (93). Concluida la novela se incluye un artículo del sabio francés Paul Broca en la *Revue d'Anthropologie*, traducido por el propio Holmberg, publicado en el diario “El Argentino”. En el artículo, Broca da cuenta del viaje del doctor Schweinfurth y del viajero italiano Miani al país de los Momboutou en el África central, y el descubrimiento de los Akkas, esclavos del rey de los Momboutus. Dos de los esclavos fueron enviados al Cairo donde el propio Richard Owen tuvo la posibilidad de estudiarlos. El artículo da una descripción detallada de la anatomía del Akka, altura, complexión, tórax, cabeza, genitale y región cervical para aquel lector que quiera “ilustrarse un tanto sobre uno de los hechos antropológicos más importantes del siglo XIX” (140). Según Elisabeth Bronfen, el discurso positivista usó la oposición entre texto y cuerpo como medio de dotar de autoridad a la “materialidad” (7). Cabe pensar en estas notas, introducidas a pie de página de las disecciones del Akka en Londres y Buenos Aires como una contextualización de la mirada médica que se impone en el discurso tras el nacimiento de la clínica y el alienismo como disciplina, y que al igual que la lectura que Darwin y Griffritz realizan sobre los cuerpos de los Akkas, organiza y da sentido al *caso*. La inclusión de los apéndices referentes a la naturaleza y fisiología de los Akkas cumple una función informativa para el lector no científico pero interesado en la amplia amalgama que configura el laxo término de lo científico en el siglo XIX, el mismo que se divierte con las ocurrencias del chimpancé gentleman o que lee con asombro la existencia de hombres-mono y monos-hombre. La obra de Holmberg formaría por lo tanto parte del cambio de paradigma que se establece en el discurso científico hacia una visión más democratizadora y participativa –y tal vez también más banal– de la ciencia promovida por el Estado o por círculos afines a sus hombres. La introducción del darwinismo en la Argentina a través de la ficción de Holmberg desacraliza el discurso científico haciéndolo digerible al lector de *El Álbum del Hogar*.

Habría, por tanto, que pensar la novela de Holmberg como un engranaje más de la maquinaria científico-estatal que pone al discurso científico en primera línea de la política de la segunda mitad del XIX. A la “democratización” de la ciencia, patente en la masiva participación de un público no especializado a exposiciones científicas, y su asistencia al Museo Público de Buenos Aires y al recién creado en La Plata, debemos añadir el debate en torno al darwinismo que se plantea en los debates políticos y en la prensa, y del que la obra de Holmberg se hace eco. La

popularización del darwinismo a nivel nacional se muestra en la *best seller-ización* de *El origen de las especies*, hasta el punto de convertirse en un libro de consumo de masas, puesto a la venta en ediciones populares en Buenos Aires al precio de cuarenta céntimos (Novoa y Levine: 18). Sin embargo, considero que el propósito de Holmberg al mostrar las luchas intestinas entre científicos de uno y otro bando va más allá de un afán divulgador de la doctrina darwinista a nivel nacional: Holmberg está creando una red científica internacional en torno a las nuevas teorías evolucionistas que pasaría irremediabilmente por Buenos Aires con el intercambio y reduplicación de personajes, operaciones, manuscritos, notas y posfacios de su novela. Concretamente, considero que *Dos partidos en lucha* aboga por una red conexiones culturales Buenos Aires-Inglaterra, que tiene como eje el discurso científico: además de la figura del doble en el tándem Griffritz –Paleolítez que refleja en Londres la pareja Darwin– Owen, y la réplica de los tres cuartos de la vivienda londinense de Darwin en el sótano-museo porteño de Griffritz, el intercambio de datos y científicos en torno al darwinismo, pasan en la novela de Holmberg por un estrecho vínculo científico-afectivo entre Argentina e Inglaterra. Al comienzo de la novela, Kaillitz toma unas notas sobre la teoría evolucionista de Darwin de boca del capitán a bordo de la expedición patagónica que recuerda a la del *Beagle* en 1835 –en el homenaje a Darwin del Círculo Médico, Sarmiento también comienza su discurso rememorando dicha expedición en la que, según Sarmiento, Darwin recolectó los objetos que contribuirían a que formulara su teoría de la evolución, igual que lo hará Kaillitz en *Dos partidos*, recolectando objetos “más bien por aburrimiento”). Más adelante en la novela, en la escena de la travesía en barco por el río Támesis que lleva a Darwin hasta el *Hound* para ir en calidad de invitado de honor al Segundo Congreso Científico de Buenos Aires, el científico se cruza casualmente con uno de los expedicionarios de Griffritz, quien acaba de llegar a Londres proveniente de África, donde el Dr. Livingstone le entrega justo antes de morir unos objetos y comunicaciones para Darwin. Lamentablemente, el ruido del barco de vapor en el que viaja le impide escuchar los gritos del expedicionario. El expedicionario argentino solo reaparece una vez comenzada la segunda sesión del Congreso Científico, casi sin aliento, gritando entrecortadamente “Akkas...Akkas”, por lo que cabe suponer que el explorador enviado por Griffritz sería el portador de la noticia de que el Akka es la prueba viviente que demostraría la teoría de la evolución. De este modo, la ciencia argentina se presenta, según la visión de Holmberg, como la encargada de divulgar el darwinismo en América por los lazos históricos y culturales que Darwin mantuvo con Argentina y ésta con Inglaterra. Esta red de conexiones forma parte de la científicación del discurso liberal decimonónico, en el mismo entramado discursivo que la organización de exposiciones en Córdoba o Buenos Aires durante el siglo XIX, o la importación de científicos del extranjero para la promoción de la ciencia en la Argentina, como un escaparate que muestra al mundo el progreso de la nación y su ingreso en selecto grupo de naciones civilizadas a través de la ciencia. Si bien la figura de Holmberg, como sostiene Paula Bruno, no puede considerarse la de un intelectual al servicio del Estado ya que no consideró a la ciencia como legitimadora de medias políticas (Bruno: 186), considero que sus ficciones sirvieron propósitos semejantes a los proyectos estatales de promoción y democratización de la ciencia en la creación de espacios en la arena pública en

donde distintas visiones de la ciencia pudieran ser discutidas. El mensaje de Holmberg con la publicación de *Dos partidos en lucha* hace un llamado al público lector de *El álbum del Hogar* de no preocuparse por las luchas entre mitristas y alsinistas que en 1874 ocupan las portadas de los principales diarios, y unirse en su lugar al debate científico entre partidarios y detractores de la evolución, al mismo tiempo que promover una renovación en el seno de la comunidad científica argentina. El alegato a favor de la teoría evolutiva de Darwin es deudor de la ideología del progreso. Sin embargo, otros discursos menos optimistas, derivados en parte del darwinismo, se agruparon en torno al discurso científico promovido por el proyecto ochentista al aplicar la teoría evolucionista a las ciencias sociales.

2. Del mono al loco

El debate sobre el evolucionismo ocupó buena parte del debate político del último tercio del siglo XIX. La repercusión de la entrada del evolucionismo en Argentina afectó al rumbo político de las administraciones de Roca y Juárez Celman, —en 1884 se promulgó la ley de laicización de la enseñanza, mediante la cual, el control de la educación pasó a manos del Estado— así como al discurso de formación de *lo nacional*. La euforia darwinista de 1874 se transformó vía Spencer en una confianza en la evolución y el progreso a partir del cambio social como solución a los “problemas nacionales”. La politización del discurso evolucionista, transformado en darwinismo social, unido a importación de nuevas teorías sobre la degeneración, la importancia de la herencia, y el atavismo, localizaron al cuerpo “enfermo” o no adecuado al proyecto de construcción nacional para dominarlo o recluirlo en instituciones. La creación de un “hombre nuevo” producto de los esfuerzos modernizadores del Estado y de la inversión en tecnología, educación y ciencia tendrá su contracara en la representación distópica del hombre-monstruo y del hombre-loco, auténticos protagonistas del fracaso del proyecto liberal. La crisis bursátil de 1890 marcará el descenso de este optimismo científico, poniendo un interrogante al discurso científico como garante de progreso. La crisis del 90 también afectó la deriva científica: José Babini señala el 90 como detonador de un estancamiento en la ciencia pura, frente al florecimiento de la ciencia aplicada a la técnica y la economía: “esta crisis interpretada como “crisis del progreso”, puso de manifiesto cómo en pos de un afán utilitario y de un interés material, y al compás de un aluvión inmigratorio creciente, las actividades técnicas y económicas se impusieron y absorbieron las actividades intelectuales, posponiendo toda preocupación hacia la ciencia pura y trabando toda iniciativa a favor de las investigaciones desinteresadas (Babini: 88).

Tras la penetración del darwinismo en la Argentina, el proyecto del ochenta encuentra una de las bases de su discurso en el darwinismo social de corte spencerista, que entendía el evolucionismo como la “supervivencia del más apto”. El darwinismo social se separa del biológico al interpretar el cambio social como un síntoma de la evolución y el progreso. Para Darwin la evolución natural o biológica es probabilística, en el sentido de que la mutación de las especies no obedece a un fin determinado y los cambios de las variedades se producen aleatoriamente, posibilitando que los más adaptados tengan mejores oportunidades

de sobrevivir en un medio que a su vez también muta sin obedecer a un fin teleológico; para Spencer, por el contrario, la evolución es determinista o mecanicista, puesto que cada estadio de la sociedad humana es una consecuencia lógica de un estado anterior, y siempre “mejor” que el anterior (Gómez: 31). Reinterpretando la teoría de la evolución darwiniana con los lentes de la filosofía de Spencer, la *intelligentsia* argentina creará un corpus textual que determinará quiénes son los más aptos, y cómo a través de un proceso determinista de selección natural, la sociedad puede *progresar* indefinidamente.

Para 1882 el darwinismo, tal como es presentado en *Dos partidos en lucha* ha sido reformulado y leído a partir de la filosofía de Haeckel y Herbert Spencer cuya doctrina ofrecía en Argentina un sustento más sólido del que agarrarse para encontrar analogías entre la evolución de las especies y lo que el proyecto ochentista espera de la evolución de la sociedad. El proyecto del ochenta necesitaba sustentar la ideología del progreso y su confianza en el avance indefinido del hombre hacia estados cada vez más perfeccionados en una base epistemológica más sólida que aquella que ofrecía el darwinismo biologicista, y ésta se va a encontrar en la obra de Herbert Spencer, como una reinterpretación de Darwin a lo social. Ernesto Quesada en 1907 da cuenta del vacío de un proyecto filosófico de carácter científico que pudiera describir la sociedad de una manera objetiva: “En pie quedaba el vacío de una filosofía que se impusiera al público, y que abarcara en una doctrina lógica y estrictamente científica a la vez, la universalidad de los conocimientos, renovando la tentativa baconiana y haciendo del estudio de la sociedad y de sus diversos fenómenos una de las tantas disciplinas de un solo todo” (Quesada: 169). El sociólogo argentino reconoce que es sólo a partir de la teoría de la evolución de Darwin que se ha salido de un sistema de comprensión de los fenómenos sociales apriorísticos, siendo sustituido por el reconocimiento de los hechos naturales y sociales estudiándolos “con el criterio de un juez, que examina sin prejuicios las pruebas en uno y otro sentido, pesa los alegatos de ambas partes, y falla en definitiva con pleno conocimiento de causa” (173). Para ello, Quesada propone la teoría evolutiva de Spencer expuesta en su obra *Principles of psychology* como obra que establece los fundamentos y bases de la doctrina darwiniana de la selección natural: leer a Darwin a través de Spencer proporciona a Quesada y al resto de intelectuales del ochenta una base para *leer*, interpretar y operar los cambios sociales que encaminaran a la Argentina hacia modelos perfeccionados de sociedad, resultado de la selección natural y de la “supervivencia del más apto”. Para Quesada, el hallazgo de Spencer es haber aplicado el concepto de evolución, no sólo desde el estricto punto de vista de la ciencia positiva, sino como base general para todas las ciencias, y añade: “Y no siendo las sociedades, en el sistema spenceriano, sino organismos análogos a los demás existentes, claro está que la misma ley de evolución se les aplica exactamente y sirve para explicar todas las modalidades de su pasado, de su presente y permite inducir las de su porvenir: de ahí que la confirmación darwiniana tuviera una influencia más honda en sociología, permitiendo a esta ciencia acometer, en el dominio de los fenómenos sociales, lo que aquél había realizado en el de los fenómenos biológicos” (Quesada: 172).

De hecho, la concepción sociológica del darwinismo fue utilizada *ad nauseam* entre 1880 y los primeros decenios de siglo por la política liberal. Sarmiento

confiesa que “con Spencer me entiendo mejor porque andamos el mismo camino” (Mayo: 5). También anduvo el mismo camino la política roquista y los debates que suscitaron la campaña contra el indio y la Conquista del Desierto, o con el fenómeno inmigratorio de finales de siglo, aduciendo la selección natural y la lucha por la existencia como causas naturales de acciones políticas destinadas a controlar o exterminar sectores de población que se interponían en su ideología del progreso. Por otra parte, junto al concepto de selección natural, el darwinismo en su variante sociológica recibió gran parte de su presupuesto teórico de las nociones de atavismo y extinción⁸. Esto plantearía un problema a la larga: si la ideología del progreso estaba basada en la confianza en una evolución continua, la noción de atavismo retrotraería al presente características de un modelo anterior, presumiblemente más “primitivo” que el tipo presente –un ejemplo claro serían rasgos atávicos en el mestizo-. Tras la llegada de la gran inmigración, entre 1880 y 1910, hay sin embargo un cambio en el paradigma con el *revival* criollista que se agrupa en torno a la Celebración del Centenario: *El payador* de Lugones, *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, o la obra de Benito Lynch. La oleada inmigratoria renueva el interés por el criollismo como medio de articular una identidad nacional frente al inmigrante, por lo que puede deducirse que los conceptos de linaje o herencia que para la generación anterior habrían supuesto un lastre, al asociarse con el pasado colonial español, se tornaron un rasgo positivo y predominante frente a los recién llegados (Novoa y Levine: 56). La influencia de los factores hereditarios de los inmigrantes o las taras genéticas como causa negativa del impacto que la inmigración tuvo en la evolución social deja su huella en toda la literatura del período. La obra de Eugenio Cambaceres *En la sangre* presenta el *estudio* de Genaro, hijo de un inmigrante italiano como un *caso* de denuncia al inmigrante como potencial peligro al desarrollo social debido a sus taras –físicas y morales- hereditarias: ya su padre aparece descrito como “De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitre se acusaba”⁹ (Cambaceres: 49), cuya fealdad física y moral, transmite a su hijo Genaro, que “víctima de las sugestiones imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria, del patrimonio de la raza que fatalmente con la vida, al ver la luz, le fuera transmitido, las malas, las bajas pasiones de la humanidad hicieron de pronto explosión en su alma” (Cambaceres: 79).

En el prólogo de la obra *¿Inocentes o culpables?* Antonio Argerich asegura que “si fuera dable adicionar con notas un trabajo literario, no me sería difícil robustecer cada página con citas científicas y estadísticas”, aunque su propósito no sea escribir una obra didáctica sino “llevar la propaganda de ideas fundamentales al corazón del pueblo, para que se hagan carne en él y se despierte su instinto de propia conservación que parece estar aletargado” (Argerich 3). Como en el ejemplo

⁸ Para un desarrollo extenso de la influencia y contradicciones del darwinismo social, ver Levine y Novoa.

⁹ Gran parte de la literatura del período se nutre de la visión del inmigrante como causa de los males de la nación. Nótese la semejanza en la descripción del padre de Genaro con el judío Mackser de la novela de Julián Martel, *La bolsa*: “Era un hombre pálido, rubio, linfático, de mediana estatura, y en cuya cara antipática y afeminada se observaba esa expresión de hipócrita humildad que la costumbre de un largo servilismo ha hecho como el sello típico de la raza judía. Tenía los ojos pequeños, estriados de filamentos rojos, que denuncian a los descendientes de la tribu de Zabulón, y la nariz encorvada propia de la tribu de Ephraim”, en Martel, Julián. *La bolsa*. Buenos Aires: W.M Jacscon, 1938.

de Cambaceres, Argerich toma un *caso* de estudio –una familia de inmigrantes italianos- a los que aplica la “mirada clínica” desde el darwinismo social. En su prólogo, menciona las consecuencias negativas del atavismo en el inmigrante al revertirse su “evolución” tras la siguiente generación: refiriéndose al inmigrante comenta: “observando a los que se casan, veremos que tienen muchos hijos y muy grandes, pero nada más que grandes. Darwin explica esto: “los cambios pequeños, dice, en las condiciones de vida aumentan el vigor y fertilidad de todos los seres orgánicos, y el cruzamiento de formas que han estado expuestas a condiciones de vida ligeramente diferentes o que han variado, favorece el tamaño y fecundidad de la descendencia. Pero desgraciadamente la reversión se produce pronto y una vida igual torna los hechos a su anterior estado”, y añade: “Si la selección se utiliza con evidentes ventajas en todos los seres organizados, ¿cómo entonces si se recluta lo peor pueden ser posibles resultados buenos?” (Argerich: 4). Nuevamente nos encontramos con una reinterpretación de la teoría de la selección natural darwiniana leída a partir de Spencer: los rasgos atávicos que en principio mostrarían una involución a estados anteriores, y por lo tanto un “retroceso” social, son utilizados de manera aleatoria; si aparecen en el gaucho son sintomáticos de la herencia –reinterpretada tras la avalancha migratoria positivamente, como linaje de lo argentino-; si se asocian al inmigrante aparecen cargados de cualidades negativas asociadas a estados primitivos, opuestos al progreso. Lo cierto es que el darwinismo, su variante del darwinismo social spencerista, y las corrientes agrupadas en torno al lombrosismo y a la degeneración, proveyeron al aparato cultural del Estado (legisladores, intelectuales, científicos, etc) de las herramientas necesarias para establecer un control social bajo un manto aparentemente científico, objetivista e inevitable. El progreso se definió en términos de revertir o prevenir la “degeneración”. Para finales de siglo XIX los científicos utilizaron libremente el término para referirse a grupos sociales como prostitutas, criminales o locos que entorpecían el progreso de la nación (Rodríguez: 34).

Con el nacimiento de la clínica comienzan a aparecer instituciones con las que contener a los cuerpos no aptos o no óptimos para el progreso y la evolución social; uno de ellas es la institución del manicomio, a través de la tecnología del alienismo. Según Hugo Vezzetti, “la formación del Estado no puede separarse de este movimiento, en el cual se integran distintos resortes en el proyecto utópico de una reforma mental y moral de la población” (11). Foucault concibe el asilo no como “un libre dominio de observación, diagnóstico y terapéutica”, sino como “un espacio judicial donde se acusa, juzga y condena, y del que no se libera sino por la conversión de este proceso en la hondura psicológica, es decir por el arrepentimiento. La locura será castigada en el asilo, incluso si es inocente en el exterior” (2015: 251). La creación del manicomio constituye otro de los dispositivos de control estatal que, junto con la prisión va a corregir o a contener a aquellos cuerpos que impidan o retrasen el progreso de la nación. A partir de la explosión demográfica hay un crecimiento masivo en el número de ingresados en hospicios argentinos; las dos terceras partes de los varones internados son extranjeros, y de ellos la mitad son italianos, y entre las mujeres, más de la mitad son inmigrantes. Además, hay una correlación entre los registros de casos de locura y la vida urbana. Lucio Meléndez, director del Hospicio de las Mercedes entre 1886 y 1892 señala que “la ciudad produce más locos, justamente porque allí los

medios de existencia y de satisfacción se han ido haciendo cada vez más difícil de adquirir” (Vezzetti: 82).

En 1914 el periodista de la revista *Caras y Caretas* Juan José de Soiza Reilly publica en Barcelona una novela que da cuenta cómo el *boom* de los hospicios y el discurso sobre la locura ha llegado a la literatura popular. Soiza Reilly constituye un nuevo actor en la incipiente industria cultural argentina: el periodista-novelistas que escribe artículos e historietas en publicaciones periódicas para una clase media en formación. La figura del periodista escritor de los nuevos medios de comunicación masivos va a sustituir al científico-escritor prototipo del ochenta. Mientras los saberes que promovían éstos estaban relacionados a un proyecto de Estado a través de los usos del discurso científico asociados a la ideología del progreso, los “saberes” que promueven y difunden en sus relatos estos nuevos sujetos, son desestabilizadores de la epistemología estatal. En el caso de Soiza Reilly, su obra *La ciudad de los locos* interroga la productividad de instituciones represivas como el manicomio como proyecto asociado a la ideología del progreso, revirtiendo el binomio de utopía-ciudad como comunidad humana en continuo progreso, por una ciudad distópica (manicomio-Buenos Aires-Locópolis) habitada por locos.

La ciudad de los locos, subtitulada *Aventuras de Tartarín Moreira* presenta el proceso de transformación de Tartarín Moreira, joven adinerado y pendenciero, en loco, debido a la inoculación en el cerebro de líquido encefálico de un negro abisinio con el fin de crear al Superhombre por parte de su padrastro, el científico-monstruo Jacinto Rosa. Tras su ingreso en el manicomio, Tartarín encabeza una revuelta de locos que los lleva a fugarse del manicomio y fundar la ciudad de Locópolis, ciudad de los locos. La ciudad-arcadia se ve realizada el proyecto utópico de fundación de una sociedad gobernada por Tartarín y constituye la contracara de la Buenos Aires de la ciencia y el progreso que se proyecta desde el 80 al Centenario.

Tras los cuatro primeros capítulos en los que el narrador presenta a Tartarín Moreira, una parodia del *rastaquoèure* latinoamericano en París, comienza la acción situando al lector en un manicomio donde Tartarín es llevado a la fuerza tras ser víctima de un experimento científico, de manos de su propio padrastro, el doctor Jacinto Rosa, director del mismo sanatorio. Este experimento consiste en transformar a Tartarín en un Superhombre, tras la inoculación de líquido encefálico de un negro abisinio hipertrofiado en el occipucio. Según la teoría de Jacinto Rosa, de la suprema idiotez debe surgir la suprema sabiduría. Si se hace llegar el germen de la idiotez hasta el encéfalo, el cerebro se ilumina, la inteligencia se agranda, y por el choque de los fluidos mentales nace el Superhombre (Soiza Reilly: 173). El experimento fracasa, y Tartarín *degenera* en loco; despierta en un delirio espantoso, comienza a romper muebles y a incendiar la casa en donde vive, y acto seguido es llevado al manicomio por su madre. La escena del experimento sitúa nuevamente al hombre de ciencia controlando al paciente-enfermo en la mesa de operaciones a través de la mirada clínica y la experimentación:

El otro médico –cuyo nombre jamás conocerá el lector porque aún no ha muerto y porque él fue quien me narró esta historia singular- ayudó a Tartarín a tenderse, largo a largo y boca abajo, en la mesa. El jorobado tomó una aguja hueca, de

acero, con una pequeña válvula de caucho en el extremo superior. La introdujo en un misterioso tubo de vidrio para que absorbiera un líquido azulado. Después, con una agradable sonrisa diabólica, el giboso subióse a un banco. Escarbó con los dedos la nuca de la víctima. Apartóle el cabello y mientras el otro médico sujetaba al paciente por los brazos, él le hundió rápidamente con una fuerza hercúlea la aguja en el cerebelo. (Soiza Reilly: 174)

La operación que apunta convertir a Tartarín en Superhombre supone una lectura inversa a las operaciones a los Akkas de *Dos partidos en lucha*: la idea del progreso que se lleva a cabo desde la ciencia y la medicina puede llevar a la locura. El método experimental de inocular líquido encefálico en el cerebro de Tartarín y comprobar los resultados a través de la interpretación de los síntomas, es el mismo del caso de los Akkas, sólo que con opuestos resultados. Darwin y Griffritz demuestran a través del latido del corazón del Akka la validez de la teoría de la evolución de las especies, *blanquean* al Akka a través de una operación que muestra el proceso evolutivo de la especie. En *La ciudad de los locos* asistimos a la *deshumanización* de Tartarín: al inoculársele líquido encefálico de un negro hipertrofiado Tartarín *degenera* en loco, es decir, se consigue involucionar a la especie en nombre de la ideología del progreso. El propio Jacinto Rosa tras ver fracasar su experimento transmuta de científico en perro y es encerrado en una celda del manicomio por su peligrosidad. En esta escena Soiza Reilly interroga los usos de la ciencia como garantía de progreso: del mismo modo que el doctor Jenner sacrificó a su propio hijo para legal al mundo el prodigioso mundo de la vacunación (Soiza Reilly: 175), así el doctor Jacinto Rosa sacrifica a su hijastro Tartarín, para llevar la evolución del hombre a su máximo alcanzable, el Superhombre nietzscheano. Este médico anónimo narra el experimento de Tartarín a Agapito Candileja, narrador y además periodista de *El eco de las Mercedes*. Si la ciencia hasta ahora se había valido de los espacios e instituciones creados por el Estado para difundir sus hallazgos, en *La ciudad de los locos* es el periodista el portador de ese saber, a quien le es transmitido el secreto de la operación de transmutación de Tartarín Moreira en loco; la nota erudita a pie de página ilustrativas sobre el pigmeo Akka y los posfacios donde se detallan los orígenes y fisonomía de los Akkas, son sustituidos por publicaciones periódicas, manuales comprados en fascículos, o artículos publicados en medios masivos de comunicación.

El narrador Agapito Candileja es testigo a lo largo de los cuatro primeros capítulos de *La ciudad y los locos* de las fechorías de Agapito Candileja, presentándolo como un Moreira moderno. No es casual que Soiza Reilly elija la genealogía de los Moreira: si Tartarín Moreira se presenta como un hijo legítimo de un hijo de los Moreira, el Estado-padrastro, monstruo-científico, inscribe el delito en su cuerpo con la intención de convertirlo en Superhombre transformándolo en loco: resultado del positivismo del Estado y su alianza con lo científico como fuerza motriz de los discursos del Estado desde 1880, como una muestra de su intención de “civilizarlo”. Como Ludmer Señala El narrador-periodista Agapito Candileja es quien pone al científico-estado “en delito” a partir de la publicación de estos “cuentos de transmutación” en los diarios y revistas. La multiplicidad de Moreiras que se dan cita en la revista *Caras y Caretas* entre 1909

y 1920 lo resignifican dentro del ciclo de violencia que se da entre la apertura del estado liberal oligárquico y la promulgación de la ley Sáenz Peña y después: el Moreira “verdadero” de Fray Mocho, el “San Moreira” de Evaristo Carriego a quien los malevos orilleros se encomiendan o este Moreira como niño malo de familia bien que va a los carnavales barriales del centro a la periferia a ejercer la violencia contra los propios malevos o las costureritas, muestra la violencia desde la propia periferia –Carriego- y también la violencia desde el centro a la periferia –Soiza Reilly. (Ludmer: 154).

La proliferación de este tipo de saberes coincide con la parodización del discurso utópico que acciona el *impulso distópico* a partir de la ciencia. En *La ciudad de los locos*, Tartarín, el hombre transformado en loco por su padre el científico-monstruo Jacinto Rosa, incita a los reclusos a huir del manicomio para fundar una nueva ciudad, Locópolis, ciudad habitada por locos, lejos de las instituciones que aíslan y encarcelan al *alienado*, y cuyo motor no será el comercio o el arte, sino la propia locura. Tras fundar Locópolis, Tartarín advierte que “nuestro pueblo progresa, señores...Lo que pudo ser una equivocación de las teorías se ha convertido en una realidad de los ensueños [...] Nuestra ciudad progresa, señores” (Soiza Reilly 179). La ciudad que planea Tartarín es una especie de Arcadia utópica en la que a cada hombre se le dará la ocupación que prefieran, y en la que la contradicción sea la madre de todo razonamiento. El resto de la novela lo constituyen capítulos que pueden leerse como fábulas, y que relatan episodios cotidianos de Locópolis. Los capítulos relativos a la vida en Locópolis están recopilados en el diario de Juan Nariz. El narrador confiesa que la mayor parte de los datos sobre Locópolis que se cuentan en la novela son extractos del diario de Nariz. Los manuscritos del diario, junto con el testimonio oral del médico que asiste a la operación de Tartarín Moreira son las fuentes con las que Candileja-Reilly conforma su distopía, ya lejos de las notas sobre darwinismo que el erudito Kaillitz toma en su expedición a la Patagonia, o a las notas ilustrativas de los Akka. La novela termina con la irrupción *deus ex machina* del director-perro Jacinto Rosa subido en un aeroplano sobrevolando Locópolis con la intención de unirse a la comunidad de locos. Éstos, pensando que van a ser llevados de nuevo al asilo, prefieren caminar hacia el mar hundiéndose en sus aguas.

La fundación de ciudades-utopía es inherente a la ideología del progreso, y en el caso argentino, remite al proyecto sarmientino de *Argirópolis* con la fundación de una ciudad en la isla Martín García que sería la capital de los Estados Unidos de América del Sur, como proyecto de pacificación de las provincias que se sitúan en torno al Río de la Plata, si bien el proyecto de desechó tras la derrota de Juan Manuel de Rosas en Caseros. En 1915, Eduardo L. Holmberg escribe la sátira utópica *Olimpio Pitango de Monalia*, donde describe la isla imaginaria de Monalia. En ella, el visionario Olimpio Pitango proclama la necesidad de fundar la sociedad de Monalia en instituciones y construir mitos nacionales que puedan dar una base a la identidad nacional, y así poder entrar en el concierto de naciones civilizadas. Esta falsificación de una historia nacional y un pasado glorioso, al igual que en la fundación de la Locópolis de Tartarín Moreira, interroga los festejos en torno a la Celebración del Centenario y todo el período comprendido entre el ochenta y 1910. Según Vezzetti, la otra cara del alienista mira a la locura fundamentalmente como desorden de la sociedad, y como un desorden propio de la civilización (Vezzetti:

82). La fundación de Locópolis no vendría entonces sino a servir de espejo a la Buenos Aires del Centenario: el proyecto de país que científicos y médicos imaginaban a través de la unión entre ciencia, progreso y Estado, es leído por Soiza Reilly como una distopía científica, producto de los desmanes de la ciencia y de instituciones represivas destinadas al control social, como el manicomio, que a partir de las lecturas del darwinismo social sobre la herencia y el atavismo en la sociedad, integran el discurso medicalizado del Estado.

Este tipo de ficciones da cuenta del cambio de paradigma que se da entre 1880 y las primeras décadas del siglo XX en las diferentes representaciones en torno a lo científico como un discurso que aúna la ideología del progreso con el proyecto de modernización de la Generación del ochenta. A los esfuerzos de las administraciones de Sarmiento, Avellaneda y Roca por situar a la Argentina en el concierto internacional de naciones científicas, hemos de añadir la labor de científicos como Holmberg que introducen y difunden en Argentina las teorías evolucionistas de Darwin a través de su obra *Dos partidos en lucha*. La progresiva medicalización del discurso político y su lectura del darwinismo en clave social, establecen un cambio de paradigma en el optimismo con que se mira al futuro a través de la ciencia. Los factores de la herencia y el atavismo, unido a las nuevas doctrinas psicopatológicas en torno a la degeneración, identifican y estigmatizan a aquellos sujetos que son percibidos por el Estado como una rémora hacia sus planes de progreso. La popularización del discurso en torno a la locura y el alienismo hacen del asilo y de las representaciones en torno a la locura la cara opuesta a la celebración de la ciencia como utopía factible del progreso, y de narraciones como la novela de Soiza Reilly un ejemplo de lo que supuso el evolucionismo al servicio de la biopolítica: una distopía científica.

Referencias bibliográficas

- Argerich, Antonio. *Inocentes o culpables*. Buenos Aires: Imprenta del Courier de la Plata, 1884.
- Avellaneda, Nicolás. *Discursos magistrales*. Buenos Aires: Grandes escritores argentinos, Ediciones Jackson, 1945.
- Babini, José, “La crisis científica del 90”, *Revista de Historia*. Año 1, n°1, Buenos Aires, primer trimestre (1957), pp. 86-88.
- Baez, Christian y Peter Mason. *Zoológicos humanos: fotografías de fueguinos y mapuche en el Jardín d’acclimatation de París, siglo XIX*. Santiago: Pehuén Editores, 2006.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI, 1988.
- Botana, Natalio. *La tradición republicana*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1984.
- Bruno, Paula. *Pioneros culturales de la Argentina: biografías de una época, 1860-1910*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- Bury, John B. *La idea del progreso*. Madrid: Alianza Editorial, 1971.
- Cambaceres, Eugenio. *En la sangre*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1968.
- Cané, Miguel. *Ensayos*. Buenos Aires: Sopena, 1939.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.
- Historia de la locura en la época clásica*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2015.

- Gálvez, Manuel. *Vida de Sarmiento*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1957.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- Gómez, Leila. *La piedra del escándalo. Darwin en Argentina (1845-1909)*. Buenos Aires: Simurg, 2008.
- Holmberg, Eduardo Ladislao. *Dos partidos en lucha*. Buenos Aires: Imprenta de El Argentino, 1875.
- *Olimpio Pitango de Monalia*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1994.
- “El hombre mono descubierto”, *Caras y Caretas*, 8 Jun. (1907).
- Levine, Alex and Novoa, Adriana. *¡Darwinistas! The Construction of Evolutionary Thought in Nineteenth Century Argentina*. Boston: Brill, 2012.
- Ludmer, Josefina, “Los Moreira. De Cosmópolis a Locópolis”, *Revista de investigaciones literarias*. Año 5, n.º. 9, Caracas, ene-jun (1997), pp. 7-31.
- Mayo, Carlos. *El positivismo en la política argentina. 1880-1906*. Buenos Aires: CEAL, 1988.
- Montserrat, Marcelo, *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- *La ciencia en la Argentina de entre siglos*. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Nouzeilles, Gabriela. *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2000.
- Pereslstein, Berta. *Positivismo y antipositivismo en la Argentina*. Buenos Aires: Procyon, 1952.
- Rodríguez, Julia. *Civilizing Argentina. Science, Medicine, and the Modern State*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006.
- Ruggiero, Kristin. *Modernity in the Flesh: Medicine, Law and Society in Turn of the Century Argentina*. Stanford, California: Stanford University Press, 2004.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras de Domingo Faustino Sarmiento. Discursos populares*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno, 1899.
- Salessi, Jorge. *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina. Buenos Aires 1871-1914*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 1995.
- Terán, Óscar. *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1987.
- Quesada, Ernesto, “El Congreso Literario Latino-Americano”, *Nueva revista de Buenos Aires*, Tomo 3, Marzo (1882), p.603.
- “Herbert Spencer y sus doctrinas sociológicas”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año IV, Tomo VII, Buenos Aires (1907), p.172.
- Sarlo, Beatriz. *La imaginación técnica. Sueños modernos de cultura argentina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1992.
- Soiza Reilly, Juan José de. *La ciudad de los locos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2006.
- “Un chimpancé gentleman”, *Caras y Caretas*, 14 Nov. (1903).
- “Una comprobación de la teoría de Darwin: personas que parecen monos y monos que parecen personas”, *Caras y Caretas*. *Caras y Caretas*, 13 Jul. (1901).
- Weinberg, Gregorio. *La idea del progreso en América Latina, 1860-1930*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998.